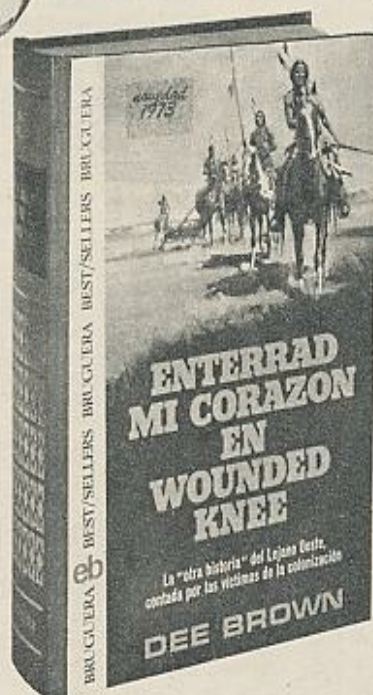


Conozca porqué
en 1973
los sioux
se enfrentan
a los tanques U.S.A.

Un tema de palpitante actualidad



Una novedad editorial de la
Colección BEST SELLERS

BRUGUERA
los libros que se leen

Tercero, en la categoría «profesional» del reparto, aunque quizá deba añadirse que la interpretación de María Asquerino, Jesús Puente, Antonio Iranzo y José Vivó no consigue aclarar siempre la significación de sus personajes, no sé si porque confunden un poco la locura con la caricatura elemental. Más claro resulta el trabajo de Teófilo Calle, quizá también porque su papel de oportunista es menos conflictivo y todos sabemos exactamente lo que representa y lo que quiere decir. ■ JOSE MONLEON.

cima de todo, es un autor de melodramas. Nada puede tenerse contra el género en sí, salvo cuando el simple juego del melo se impone por encima de cualquier otro contenido. Y es curioso cómo esa superación de los esquemas del género no surge por un añadido de un conflicto diferente al problema sentimental que generalmente expone, sino a través de una profundización de ese problema. Esto es lo que creo que ocurre con las dos películas que aquí se citan. «Dulce pájaro...» añade a la relación actriz vieja-guapo mozo explotador, la del corrompido político dispuesto a escalar, por encima de todos un cargo de alto nivel, y, sin embargo, la esquemática relación amorosa central, al no venir dialécticamente unida al problema segundo, anulaba los dos. Mientras que en «La gata...», donde sólo se ofrece, en principio, el juego de las relaciones amorosas, éstas, al venir precedidas de estudios psicológicos más autorizados y de un intento de interrelacionarlas con más coherencia (al margen de una estructura dramática más consistente), el esquema simple del melodrama se traspasa hasta llegar a alcanzar, indirectamente, un planteamiento político, o cuanto menos de mayor interés.

Tennessee Williams analiza hasta el fondo, al que él generalmente ha llegado (es decir, hasta un nivel no despreciable, pero, en rigor, insuficiente), todas las relaciones existentes en los miembros de la familia protagonista de la película. Al tener estas relaciones una fuente de interés económico y venir presididas por un gerifalte-símbolo de las finanzas y el poder, las relaciones superan el nivel sentimental para inscribirse en un conflicto más amplio e importante. Williams no olvidará nunca su espíritu de moralista casero, que acabará imponiéndose. Pero, astuto e inteligente autor teatral,

el desarrollo del problema, antes de llegar al final moral, permite la aparición de sugerentes situaciones.

Richard Brooks, como en «Dulce pájaro...», se limita a plasmar en imágenes la obra de teatro, pero aceptándola plenamente y apuntándose a ella como propio autor. Su película no es, por supuesto, la simple fotografía de un escenario, aunque sí viene muy determinada por el texto original. La gran aportación de Brooks a ese texto no está ya sólo, como es habitual en él, en lograr una narración ágil y hasta apasionante, sino en cuidar respetuosamente todos los detalles de la historia, empezando por la comprensión total de los personajes que la interpretan. Y de ahí consigue unas actuaciones admirables, hasta en esa Elizabeth Taylor, que por aquellos años (1958) tenía su única fuerza en su fascinante físico.

Aquí tienen ahora los españoles que crecen la oportunidad de revisar su infancia, y los que mueren, la de agarrarse al tiempo pasado. Repeticiones que hacen el tiempo algo estancado e inmutable. Está bien esto de no confiar sólo en la memoria, y poder revisar determinadas obras. Por eso están muy bien inventadas las filmotecas, y por eso, cuando funcionan bien (como en justicia hay que reconocer que ocurre con la recientemente reinaugurada española), su labor es importante. Lo que ocurre es que pretender transformar el país en una filmoteca general es ya excesivo. Desde 1958 hasta hoy se han realizado por esos mundos muchas y muy válidas películas que no llegamos a ver jamás. ¿Por qué la censura tarda tantos años en autorizar que «La gata...» venga en versión íntegra, cuando fue siempre pura y fresca como el agua de mayo? ¿Cuándo podremos enterarnos que ha habido un señor que ha puesto un zapato en la Luna? ■ DIEGO GALAN.

CINE

Gatas y pájaros para los que llegan tarde

Si hace un par de semanas, con motivo de la reposición de «Dulce pájaro de juventud», se expresó en estas páginas la decepción que producía la en su día importante película de Brooks (al haber importado más en el tiempo la cualidad de melodrama impuesta por un Tennessee Williams superficial, que el comentario crítico sugerido en la obra y ligeramente forzado por Brooks), hoy, al hablar de otra reposición de los mismos autores, «La gata sobre el tejado de zinc» —título incompleto que hace incomprensible la idea al haber eliminado el calificativo «caliente» referido al zinc—, los mismos planteamientos expuestos ante «Dulce pájaro...», parece que siguen siendo válidos, aun cuando con algunas notables diferencias. Cierto es que Tennessee Williams, por en-